

DEI + GRATIA

ARDINANDVS

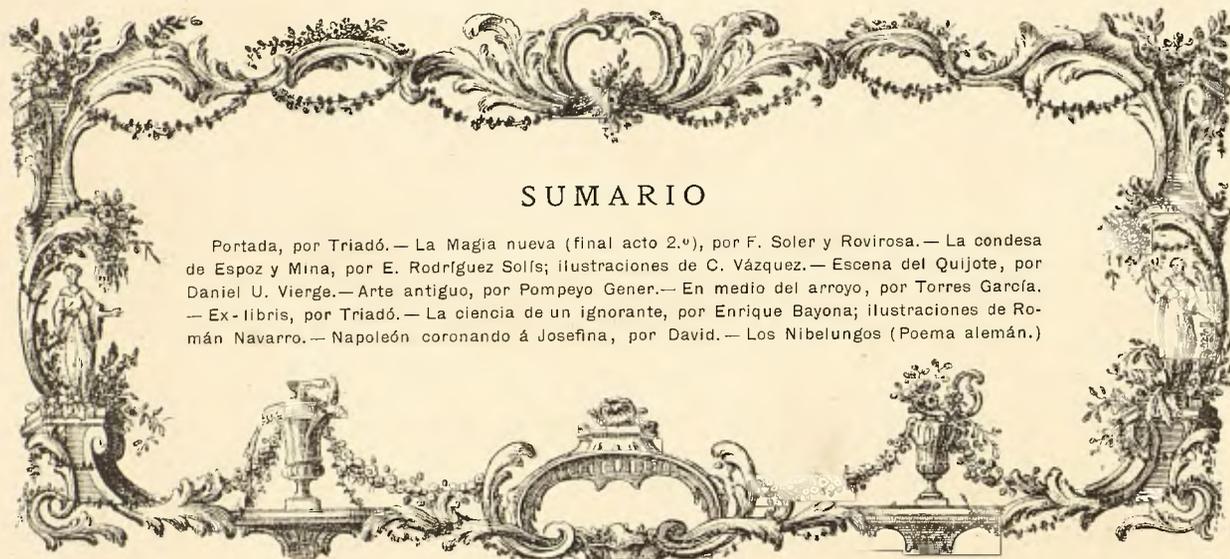
HISPANIARI

+ S

+ REX

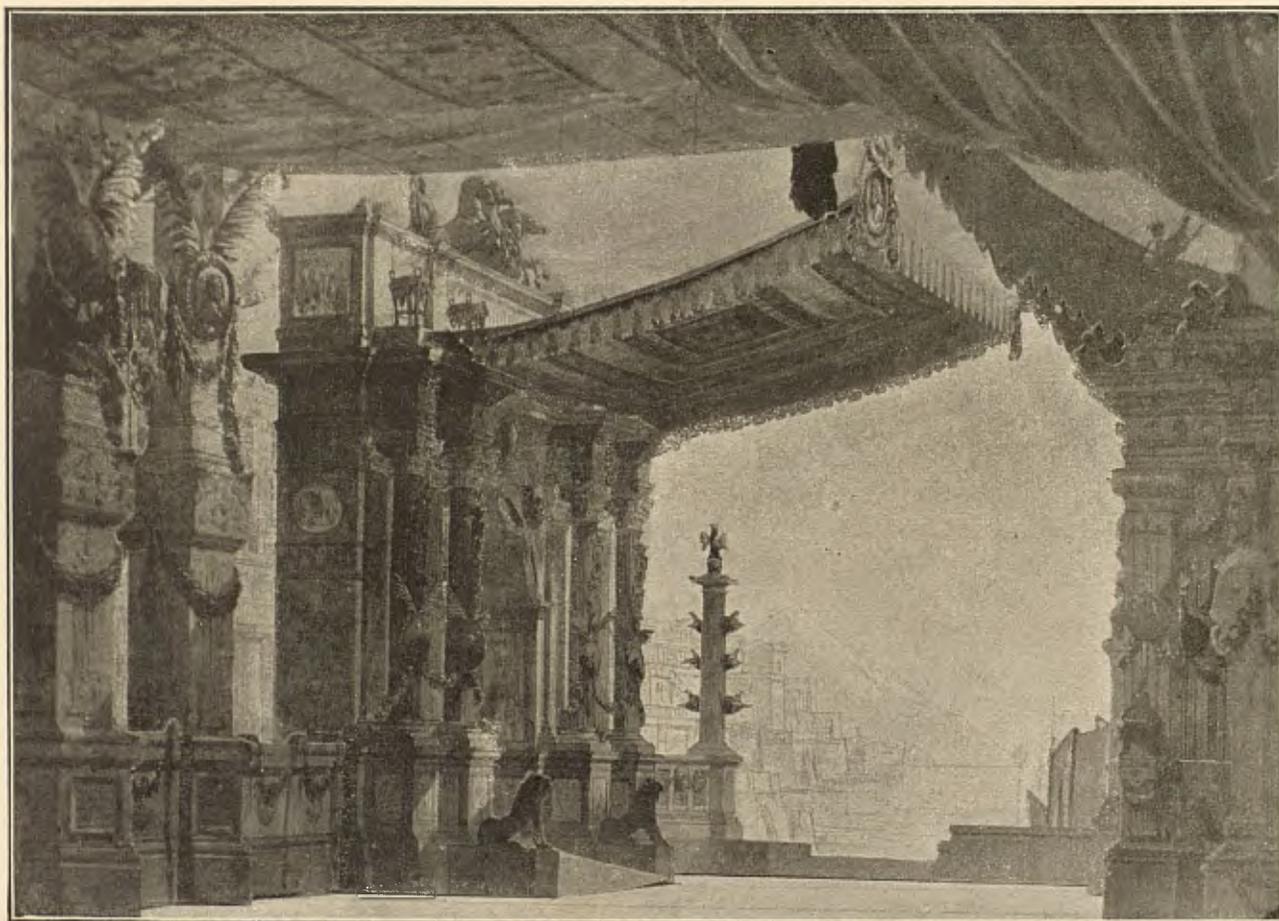


VSISTIA



SUMARIO

Portada, por Triadó.— La Magia nueva (final acto 2.^o), por F. Soler y Rovirosa.— La condesa de Espoz y Mina, por E. Rodríguez Solís; ilustraciones de C. Vázquez.— Escena del Quijote, por Daniel U. Viérgue.— Arte antiguo, por Pompeyo Gener.— En medio del arroyo, por Torres García.— Ex-libris, por Triadó.— La ciencia de un ignorante, por Enrique Bayona; ilustraciones de Román Navarro.— Napoleón coronando á Josefina, por David.— Los Nibelungos (Poema alemán.)



F. SOLER Y ROVIROSA.— FINAL DEL ACTO 2.^o DE «LA MAGIA NUEVA.» (TEATRO PRINCIPAL DE BARCELONA)

La condesa de Espoz y Mina

La generación de principios del siglo XIX presenta multitud de ejemplos de hombres de grandísimos méritos, á la vez que de mujeres de extraordinaria valía.

Con efecto, al lado de Palafox se presenta la condesa de Bureta; junto al famoso tío Jorge, Agustina de Aragón; en la misma línea que el general Lacy, Doña Mariana Pineda; y compartiendo todos los riesgos de Espoz y Mina, su valerosa esposa, la condesa, de la que vamos á ocuparnos.

Bien puede asegurarse que la mujer, reflejo del hombre, sabe colocarse á su altura, y es con él grande ó pequeña, cobarde ó heroica.

En el año de 1805 nació en la ciudad de la Coruña la señora doña Juana María de la Vega, hija de los modestos y honrados comerciantes don Juan Antonio de la Vega, y doña María Josefa Martínez y Losada.

El bizarro general don Francisco Espoz y Mina, que tanta parte había tomado en la revolución liberal de 1820, fué nombrado capitán general de Navarra, y de Galicia, donde conoció á doña Juana, uniéndose á ella por el indisoluble lazo del matrimonio.

El amor que la gracia y hermosura de ella inspiró al general, y la pasión que ella sintió por el valeroso soldado, terror de los franceses, no debía acabar sinó con su existencia.

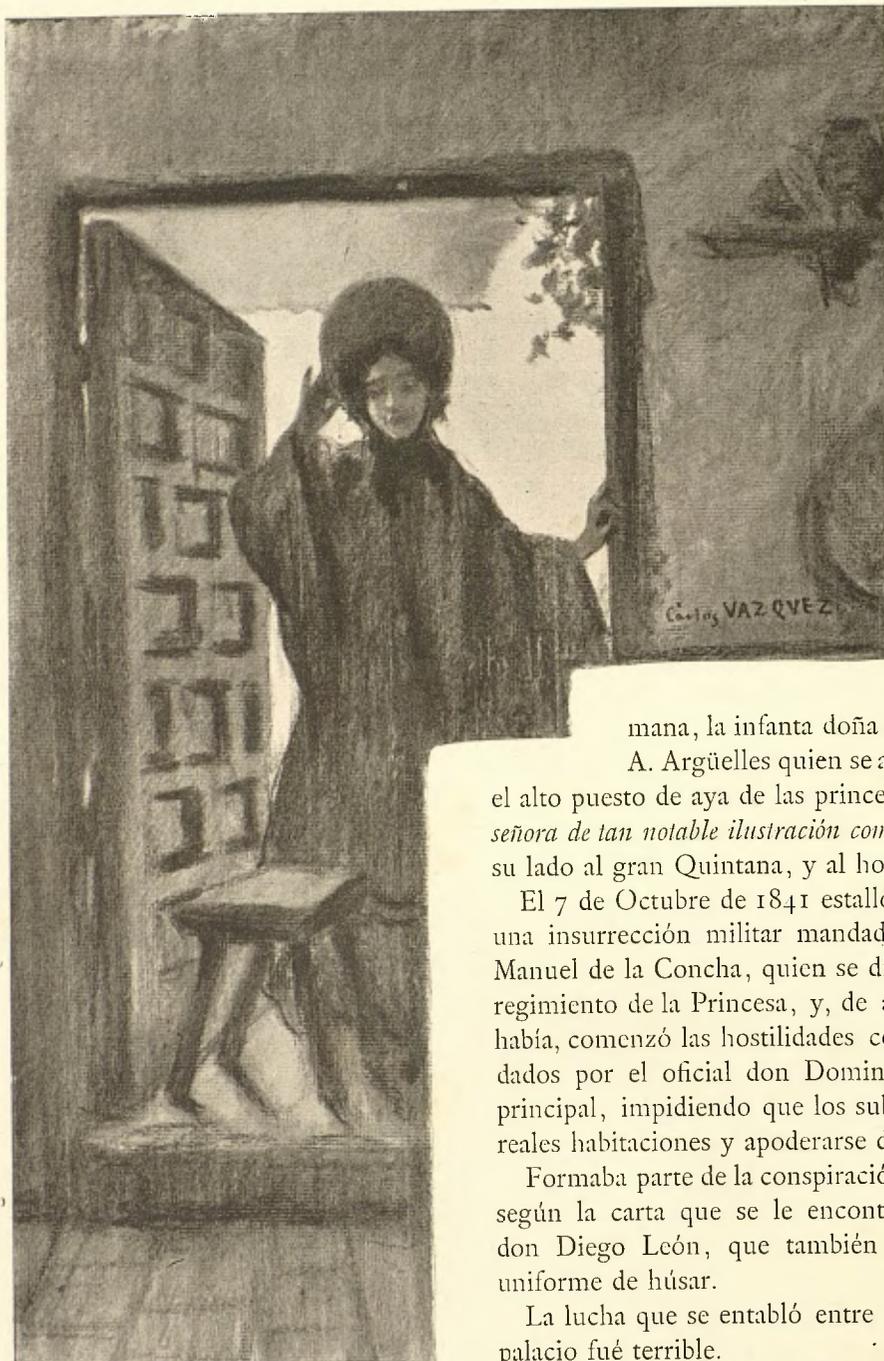
Cuando la entrada en España de los *Cien mil hijos de San Luis*, que vinieron á derrocar el sistema liberal, el general Mina tuvo que abandonar á España, después de capitular honrosamente en Cataluña; y doña Juana, resuelta á seguirle al destierro, salió acompañada de su padre para Lisboa, ocurriéndola uno de esos lances que prueban hasta dónde rayan la serenidad y el corazón de ciertas criaturas.

Iban con nombre supuesto ella y su padre, y en la misma embarcación viajaba disfrazado el entonces célebre *Solitano*, noble anciano portugués, aunque de origen español, y uno de los principales jefes del partido liberal de la vecina nación. *Solitano* tuvo la imprudencia de colocar en la copa de su sombrero papeles y documentos que, á caer en manos de las autoridades del rey entonces absoluto de Portugal, hubieran causado la muerte de centenares de personas.

Al arribar al pequeño puerto de Camiña, el proscrito viajero excitó las sospechas de la plebe y de las autoridades, que trataron de prenderle en un figón, donde se hallaba acompañado de la joven esposa de Mina, interín el padre de ésta había salido por la población á inquirir noticias.

Entran los soldados, arremolinase la plebe, y el *Solitano*, en aquel momento supremo, descubre á doña Juana que oculta en el sombrero papeles y listas de muchos liberales de Portugal.





Principado de Cataluña, y la afligida viuda se retiró á Galicia, llevándose los preciosos restos de su marido, que colocó en el oratorio de su casa.

El gobierno quiso premiar los eminentes servicios del general y honró á su viuda con el glorioso título de Condesa de Espoz y Mina.

Triunfante el movimiento de 1840, que obligó á abdicar la regencia y retirarse á Francia á la reina doña María Cristina, el general don Baldomero Espartero fué elegido por las Cortes para ocupar tan alto puesto, y ellas mismas nombraron para tutor de la Reina-niña, doña Isabel, y de su her-

mana, la infanta doña Luisa Fernanda, al venerable don A. Argüelles quien se apresuró á llamar, para que ocupase el alto puesto de aya de las princesas, á la condesa de Espoz y Mina, *señora de tan notable ilustración como preclaras virtudes*, conservando á su lado al gran Quintana, y al honrado don Martín de los Heros.

El 7 de Octubre de 1841 estalló en las primeras horas de la noche una insurrección militar mandada por el mariscal de campo don Manuel de la Concha, quien se dirigió al Real palacio con parte del regimiento de la Princesa, y, de acuerdo con la guardia que en él había, comenzó las hostilidades contra los 21 alabarderos que, mandados por el oficial don Domingo Dulce, defendieron la escalera principal, impidiendo que los sublevados pudiesen llegar hasta las reales habitaciones y apoderarse de las princesas.

Formaba parte de la conspiración, por mandato de María Cristina, según la carta que se le encontró, dirigida á Espartero, el general don Diego León, que también penetró en palacio vestido con el uniforme de húsar.

La lucha que se entabló entre los sublevados y los defensores de palacio fué terrible.

Al sonar las primeras descargas estaban las princesas con algunas azafatas y camaristas.

La condesa de Espoz y Mina oyó los gritos desde su cuarto y, lanzándose por la escalera *de Damas*, entró en la galería de cristales, halló á un centinela alabardero que la preguntó qué pasaba, y sin contestarle siguió corriendo hasta la escalera principal, atravesando por entre los alabarderos, ya formados en el último descanso, sufriendo la primera descarga de la compañía de cazadores de la Princesa que mandaba el teniente Boria.

Ilesa, milagrosamente, atravesó doña Juana la galería llamada *del Camión*, y se dirigió por el cuarto interior de las mozas de retrete á la habitación real, dispuesta á cubrir con su cuerpo á las princesas.

Halló á su majestad doña Isabel trémula, y á su hermana doña Luisa Fernanda con una convulsión,

La joven, con la más perfecta tranquilidad, se dirigió á la puerta de salida y, antes de traspasar los umbrales, se vuelve y dice con la mayor sangre fría en correcto portugués:

— « O chapeu do meu pai: » y cogiendo el interesante depósito, sale con él del figón, orgullosa por haber salvado la vida de tantos hombres.

En Inglaterra, durante la emigración de los liberales, fué doña Juana el angel tutelar de los españoles, sobrellevando, con la más grande resignación, aquella vida de constantes sacrificios.

En 1833 regresó á España, siguiendo á su esposo, cuidándole con el mayor esmero, y acompañando al general Mina cuando el gobierno le confirió el mando del ejército del Norte.

Murió el general en 1836, siendo capitán general del

— ¿Son facciosos? ¿Qué quieren? ¿Es contra nosotros? Quiero que me digas la verdad, preguntó doña Isabel.

La condesa mandó cerrar las puertas y balcones, y llevarse á las princesas á la inmediata alcoba de la reina; y luego, por haber llegado hasta allí una bala, á un trascuarto ó pasadizo cercano, donde hizo acostar á las dos niñas sobre un colchón.

Mientras ellas lograban conciliar el sueño, tranquilizadas por las palabras de su aya, doña Juana velaba á su cabecera.

Diríase que el espíritu de su valeroso marido, el general Mina, se había infiltrado en su alma.

Cuando la marquesa de Zambrano, esposa del desgraciado general León, se afanaba, porque las horas corrían y la vida de su marido se hallaba en grave peligro, por llegar hasta la Reina-niña, y todas las puertas de palacio se le cerraban, la condesa de Espoz y Mina, como su aya, se ofreció á facilitarla el paso.

Dudosa la marquesa, hubo de manifestarle su asombro y sus temores, según se asegura.

La condesa de Espoz y Mina se apresuró á preguntarla el por qué.

— ¡Por la enemistad de nuestros maridos!... ¡Yo no esperaba que usted!...

— Eso nada vale, ni nada significa en momentos como éste, — contestó noblemente la condesa.

Y ella misma condujo hasta la real cámara á la marquesa de Zambrano.

Por desgracia, el general León no llegó á ser perdonado y la pena de muerte á que le sentenció el consejo de guerra, cumpliéndose en la mañana del 15 de Octubre.

Cuando en aquella tarde, como tantas otras, quiso la Reina-niña salir en coche, la condesa de Espoz y Mina se opuso, con la mayor severidad, diciéndola:— « V. M. no puede salir de paseo, porque hoy han fusilado á un valiente soldado, que muchas veces derramó su sangre por su persona y por su trono. »

Vencedor el movimiento que en 1843 derrocó al general Espartero, la condesa de Espoz y Mina abandonó el Real palacio, y la capital de España, retirándose á la Coruña á cuidar los restos de su querido esposo, y á ser el ángel tutelar de los pobres, que la tenían y consideraban como á su segunda madre.

Aunque con el dolor consiguiente, accedió á los deseos, manifestados en varias ocasiones por la Diputación de Navarra, de que los restos de su inolvidable esposo descansaran en el gran monumento sepulcral que la Diputación dedicó *al hijo predilecto de Navarra*, en el hermoso claustro de la catedral de Pamplona.

Y por cierto que al solicitar la condesa el permiso de Roma para levantar un oratorio en su casa, donde colocar el cuerpo del general, que había hecho embalsamar con el mayor cuidado, algunos amigos la aconsejaron lo hiciese con su nombre de pila y no con su título, por temor de que en Roma, conocidas las

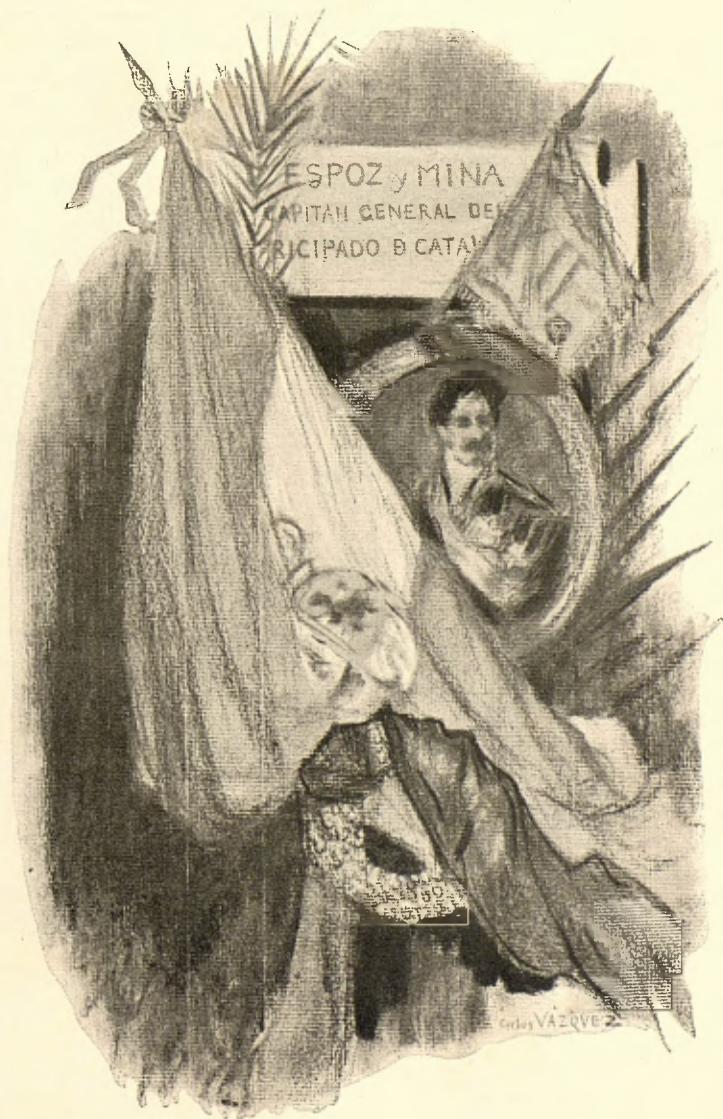
opiniones liberales de Mina, se lo negasen. Al saberlo el cardenal Prodestario exclamó: — « Con hombres de la nombradía y méritos del general Mina no se tienen prevenciones ningunas en la corte de Roma, cualesquiera que fuesen sus opiniones políticas. »

En 1851 publicó la condesa las « Memorias del general don Francisco Espoz y Mina, escritas por él mismo », libro importantísimo porque en él se describe gran parte de la guerra de la independencia y de la primera guerra civil.

Habiendo solicitado de la condesa el Director del Museo de Artillería, por encargo del Director General del arma, conde de Alpuente, una espada de las que hubiese ceñido el general, doña Juana se apresuró á enviarle la espada que el Ayuntamiento de Pamplona le regaló al terminar la guerra de la independencia, el bastón que la *Sociedad Patriótica* de dicha ciudad le ofreció en 1820 al regresar de su primera emigración, y una de las dos layas « con que trabajó sus tierras, antes de lanzarse á defender la patria invadida por los ejércitos de Napoleón. »

Al morir (Junio de 1872) la condesa de Espoz y Mina, dejó á la posteridad un nombre ilustre, á las mujeres un modelo de esposas, y á todas las hijas de España un ejemplo que seguir en los diversos órdenes de la vida.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS





DANIEL U. VIERGE.—ESCENA DEL QUIJOTE

«...mas al darle de beber no fúe posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino.» — Don Quijote de la Mancha. Cap. II. Primera parte.

Arquillas de talla, Arquillas esgrafiadas,

placadas de Marfil y placadas de Concha

Al mismo tiempo que los *Vargueños* y las arquillas de taracea, se generalizaron, á partir del Renacimiento, en España, las llamadas Arquillas de talla.

Empezáronse á fabricar en Mallorca y demás baleares, bajo la influencia italiana, y luego se tallaron en Cataluña, extendiéndose más tarde, aunque poco, dicha industria artística á Valencia y algún otro punto de la Península.

Dichas arquillas eran por lo regular de nogal ó roble, y estaban atestadas de figuras, de caras, de adornos fantásticos, entre los que figuraban, mezclados, animales y frutas, flores, hojas, etc. entrelazados por guirnaldas, cintas ó follajes. No tenían tapas, ni puertas, y afectaban formas arquitectónicas de la época, en sus lineaciones generales, llegando á remedar fachadas de Palacios ó de otros edificios. Dichas arquillas, de un gusto exquisito la mayor parte de ellas, tenían una *patina* oscura, que se les daba con el aceite de nueces ó con el extracto alcohólico de éstas, y luego con una capa de cera amarilla. En Italia usábase el betún líquido mezclado con la cera. Los hierros de las dichas arquillas eran por lo regular pulidos, y á veces también se les doraba.

Y apropósito de dichas arquillas, referiremos aquí una anécdota que nos contó nuestro inolvidable amigo, el gran pintor escenográfico Soler y Rovirosa.

Parece que cierto arqueólogo de pocos alcances, encontróse con una de estas arquillas, la cual en un rincón tenía grabada una inscripción parecida :

GIRO L AMO ME FECIT

1587

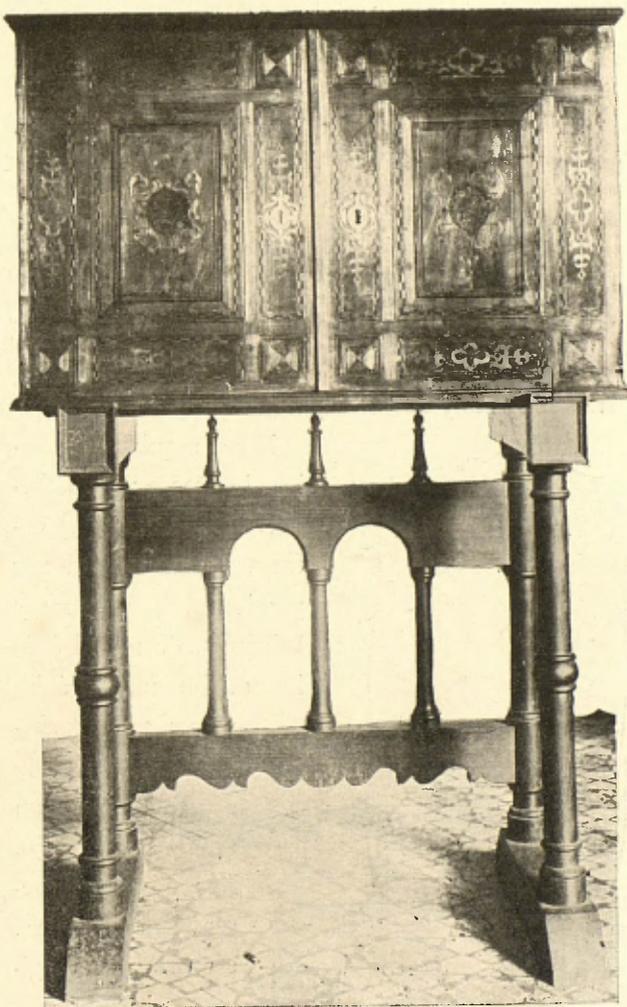
El buen hombre escribió enseguida una memoria sobre un célebre escultor italiano, llamado Girolamo, que estaría, á su decir, emigrado aquí en Cataluña ejerciendo la industria artística de construir arquillas. Y allí se devanaba los cascos el buen hombre, creyéndose adivinar por las esculturas el carácter del tal Girolamo, y aun descubriendo su retrato, entre las figu-

ras, y lo que es más, el motivo de su emigración. Los delfines y tritones de la arquilla, ciertos guerreros con traje medio romano y alfanje, le parecieron indicar que el escultor había sido marino y aún pirata. Pero ¡cual no sería el desencanto de nuestro anticuario, al descubrir en otra arquilla gemela una inscripción análoga, pero que no dejaba lugar á duda! Decía así :

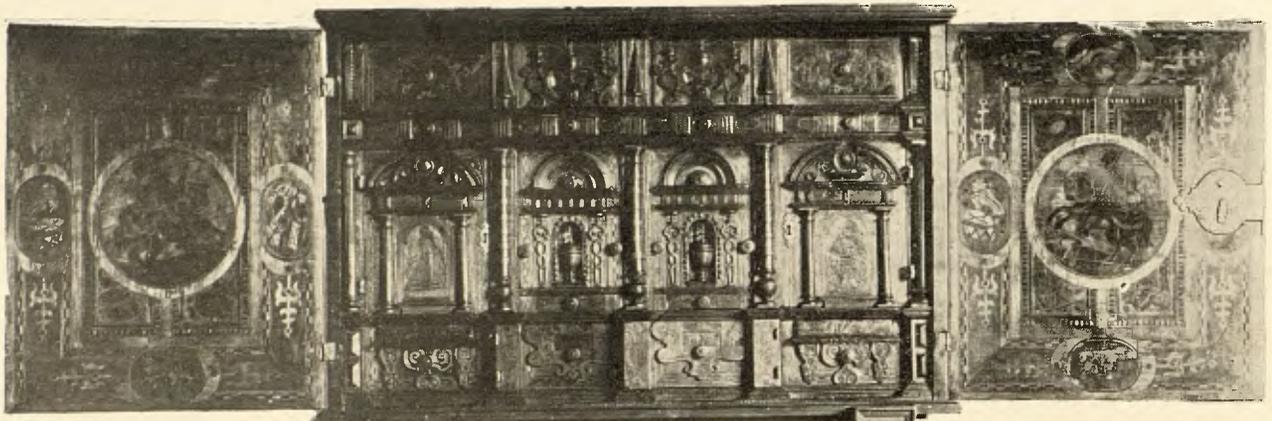
GIRÓ L'AMO ME FECIT

1889

Es decir, que era un escultor catalán, que se llamaba Giró y era el amo de su taller. ¡ Cuántas investi-



Arquimesa de marquetería y escultura de boj. Siglo XVII



gaciones arqueológicas, hechas por miopes de entendimiento, no acaban con un ridículo parecido!

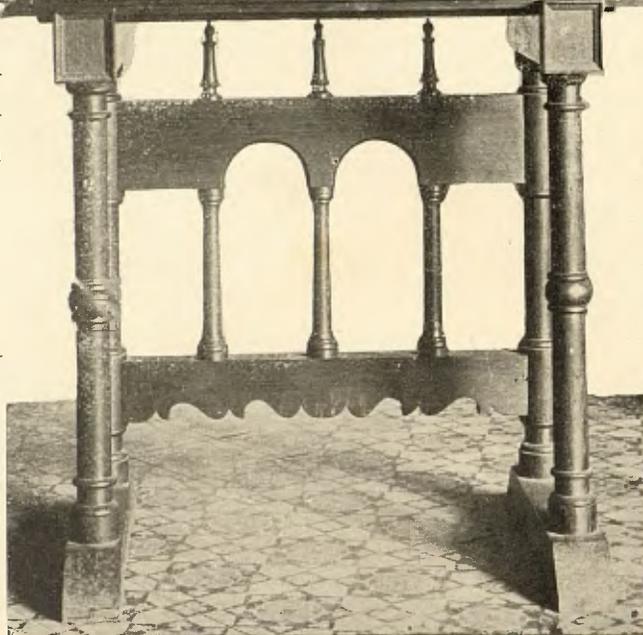
* * *

Volviendo á la descripción de los géneros diversos de arquillas en uso en esta época, hemos de mencionar otro de origen italiano indudable. Estas son las *arquillas placadas de marfil y esgrafiadas*.

Acostumbraban á ser por lo general de ébano ó de otra madera muy oscura, y las dichas placas formaban los plafones de sus puertas, de sus partes laterales y de sus cajoncitos.



Silla estilo Luis XV. Siglo XVIII



La misma Arquimesa anterior, abierta

En las portezuelas se ven dos medallones: el del lado derecho representa la estatua ecuestre de Felipe IV, y el del izquierdo, la del conde Duque de Olivares

Estas arquillas afectaban á veces también formas arquitectónicas, y entonces tenían columnas y columnitas, pilastras y balustres, de marfil ó de hueso. En cuanto á las placas, se las grababa en hueco, llenando el esgrafiado con negro ó con rojo. Los dibujos representaban batallas, escenas mitológicas, personajes históricos ó bíblicos,

etcétera. Á veces sólo tenían figuras y follajes de simple ornamentación.

Estas arquillas, que se fabricaron en varios puntos del litoral mediterráneo español, dieron lugar á otras en el 1600, cuyas aplicaciones ó placas esgrafiadas eran sólo de boj ó de otras maderas de tonos claros, llegando á teñirse éstas de diferentes tonos para formar con dichas placas y sus esgrafiados, cuadros y hasta vistas de paisaje

y marinas, degenerando al final del siglo XVII en un gusto barroco pésimo.

Á mediados del mismo siglo XVII empezaron á fabricarse otras arquillas evidentemente influenciadas por éstas. Ya los paisajes y escenas no se hicieron con placas de maderas coloradas y grabadas, sino que se recurrió á la pintura sobre vidrio. Así los plafones eran verdaderos cuadritos pintados al óleo, con su vidrio encuadrado por listones. En general estas arquillas, ya sin arquitectura ni



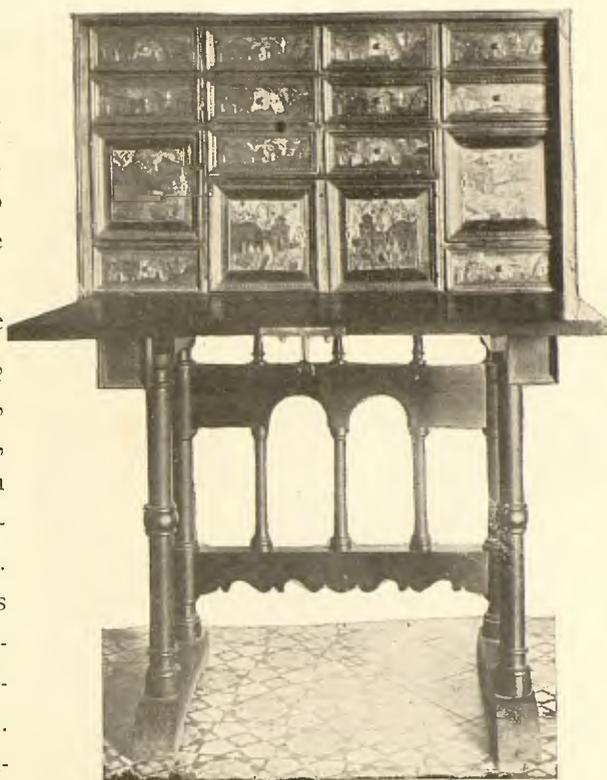
Silla estilo Luis XV. Siglo XVIII

más adorno que el de sus plafones y una balustrada, eran construídas de ébano ó de maderas teñidas de negro.

Y para terminar daremos cuenta de las arquillas monumentales de Nuremberg, que entraron aquí á fines del 1500, siendo luego construídas con mayor elegancia y buen gusto en España hasta el siglo XVIII. Hablamos de las arquillas de *concha con placas doradas*.

Eran éstas, casi siempre, de formas arquitecturales y de aspecto de gran edificio monumental. Asemejaban, á veces, el altar mayor de un templo, tenían columnas de concha, arcos y aplicaciones de bronce dorado, con balustradas, frontón, y pináculos del mismo metal. Los plafones eran de concha, y en el interior de los huecos ó en las intercolumnas, había casi siempre una estatuita ó un jarrón, etc. Éstas eran del mismo bronce dorado, ó de marfil, y todos los plafones eran de concha ligeramente bombada y coloreada de rojizo, por su trasparente. Eran éstos, muebles suntuarios que costaban al principio de 500 á 1,500 escudos. Luego fueron simplificándose, y por fin, acabaron en arquillas de simples plafones, con una balustrada y un frontón de bronce dorado.

El pie de dichas arquillas era siempre una mesa, con hierros dorados, más avanzada que la arquilla para poder escribir en ella.



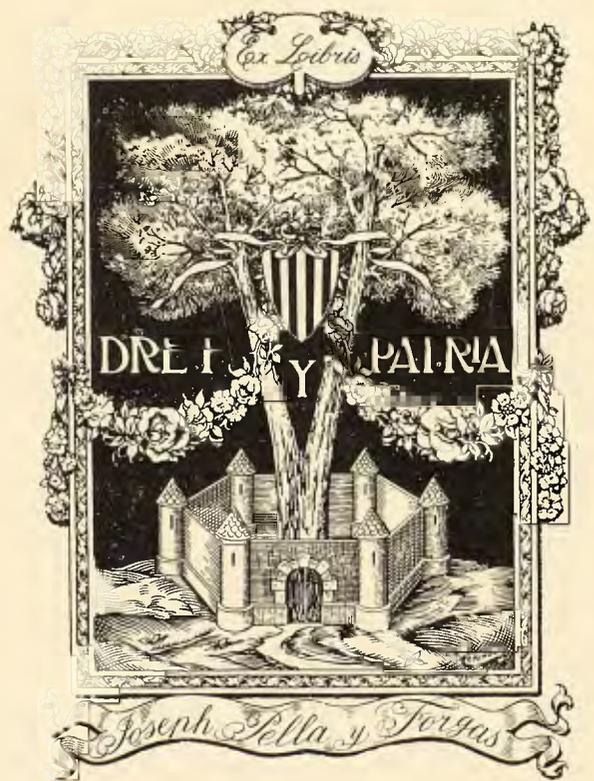
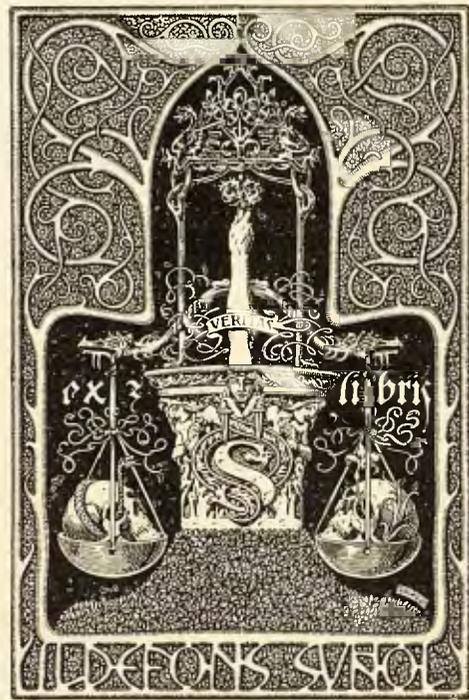
Arquimesa de marquetería española, procedente de Aragón
Siglo XVII

POMPEYO GENER

Los grabados de los muebles que reproducimos son sacados de los de la notable colección del Dr. Viñeta Bellaserra.



TORRES GARCÍA.—EN MEDIO DEL ARROYO



J. TRIADÓ.—EX-LIBRIS

LA CIENCIA DE UN IGNORANTE

Siempre fueron dañosas las exageraciones; pero entre una fe ciega ó una incredulidad absoluta, es preferible la primera. Esta conduce muchas veces al heroísmo, la segunda eleva fatalmente á la desesperación.

* * *

Tenía don José M.^a de Montestruque, filósofo de mayor cuantía y sabio de muchas y merecidas campanillas, tal horror por las medianías ilustradas, que entre un completo ignorante y uno de nuestros intelectuales, producto fin de siglo de nuestras universidades, prefería, sin vacilaciones, al primero.

No teniendo familia, vivía el sabio sin otra compañía que la de un viejo criado gallego que respondía al nombre de Bonosio, hombre sencillo y bueno, ignorante á carta cabal.

Á todos se les antojaba raro el perfecto acuerdo que, á pesar del carácter algún tanto violento del señor de Montestruque, existía sólido y duradero entre aquel hombre superior y su criado, vivo ejemplo de la armonía que puede reinar entre el talento y la ignorancia cuando ésta reside en un alma secilla y crédula dispuesta al sacrificio.

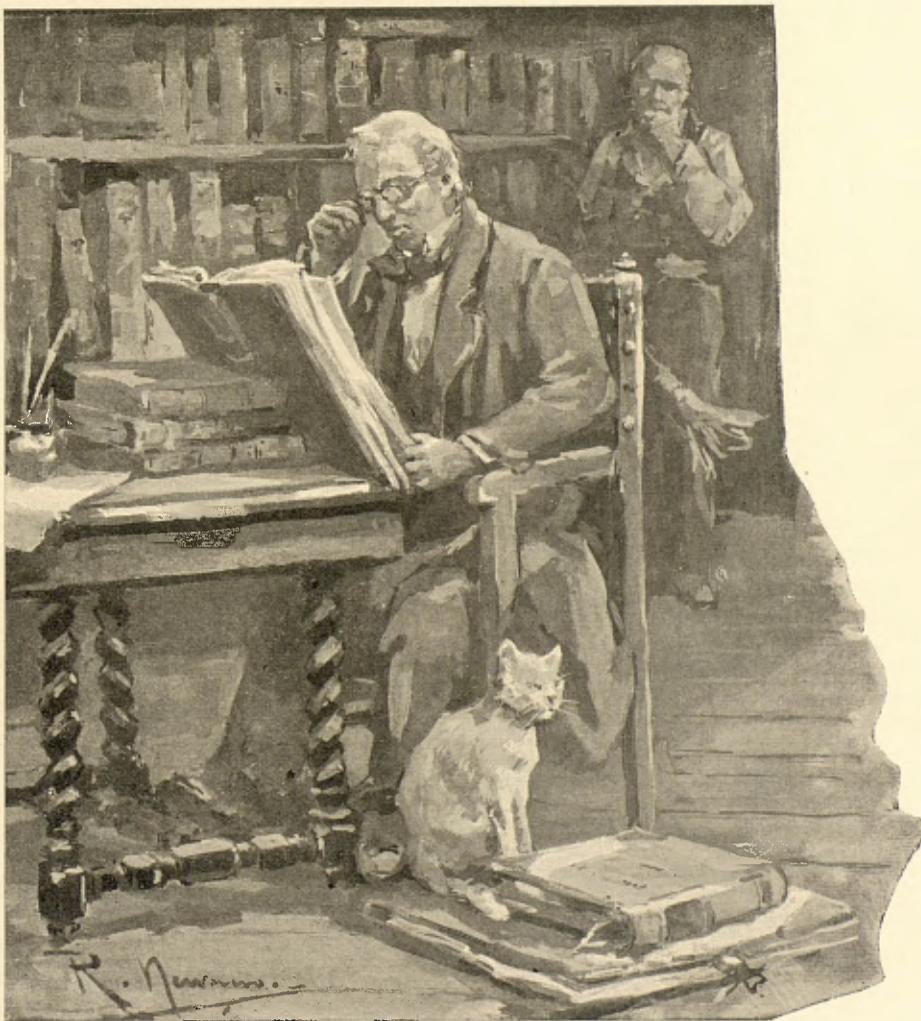
Después de treinta años consagrados á la enseñanza, desde su cátedra de Historia Universal, en cuyo sitial no faltó un día, fué jubilado don José y, sentando su residencia en Madrid, retiróse á su modesto palacete sin más deseos que los de dedicarse al cuidado de su magnífica biblioteca, objeto de todos sus amores y causa de su ruína, puesto que todo lo gastaba en la adquisición de libros antiguos y de incunables de raro mérito. De punta á cabo del año lo pasaba el eminente Montestruque encerrado en el vasto salón de su biblioteca, aspirando el olor *sui generis* de los libros antiguos, con la misma fruición que si aspirara perfumes de la Arabia quemados en pebeteros de oro.

Vivían don José y Bonosio, su criado, parcamente, pero comprendiéndose como dos amantes en su primer dueto amoroso; don José tenía una loca pasión por los libros raros y antiguos: la vista de un manuscrito amarillento coloreaba sus enjutas mejillas y volvía luminosa su fría mirada de miope; Bonosio respetaba la locura de su amo y sentía una poderosa é inexplicable sensación de miedo cuando entraba á quitar el polvo de los vetustos libros, ante los cuales se pusiera de rodillas como si fueran dioses desconocidos, si su amo

se lo hubiese ordenado. Los cogía con el cuidado de una madre acariciando á su hijo y el respeto de un musulmán al hojear el Libro Santo.

Al sabio, leyendo sus indescifrables manuscritos orlados de brillantes dibujos y aureos relieves, no le importaba comer poco, y el criado, admirando con toda la energía de su resuelto corazón, imitaba á su amo. Marchaban sus dos existencias al unísono, cuando una tarde el señor Montestruque sintióse enfermo y obligado á guardar cama. Un ataque de reuma agudísimo dejó su cuerpo inmóvil; toda su vida de sabio se refugiaba en sus enflaquecidas manos de largos y finos dedos, que continuaron hojear los queridos incunables que su fiel Bonosio sostenía abiertos ante él, como sostiene el sacerdote el cáliz que ofrece á Dios.

— Tráeme el Quijote... mi Quijote ¿sabes? — ordenó de pronto don José.





— Va usted á fatigarse mucho, señor... — respondió Bonosio, que veía con lágrimas en los ojos como las sombras de la muerte oscurecían el rostro de su amo.

— Tráelo, — ordenó imperiosamente: — quiero despedirme de mi incunable preferido.

Sofocando un sollozo, llevó á su amo el libro que pedía.

Una hora después el fiel criado, de rodillas junto á la cama y llenando de lágrimas la mano de su amo, oía entre absorto y entontecido:

— ¿ Oyes, Bonosio? Véndelos todos... Nunca me hubiera atrevido á confesarlo, porque prefería la muerte á separarme de mis libros... pero ahora no puedo ocultártelo: estamos arruinados... En el cajón de mi despacho está mi testamento. Con el producto de la venta, cómprate una casita en tu país, y no me olvides... Te dejo, mi fidelísimo Bonosio... Gracias por tu cariño y tu adhesión inquebrantables... ¡ Ah! que-

rido amigo Bonosio, tu eres el único hombre...

No pudo proseguir.

Con una sola palabra había el sabio hecho desaparecer la distancia entre el amo y el criado. Bonosio comprendió.

— ...Vende los libros... Adios...

El señor de Montestruque murmuró algunas frases ininteligibles y murió.

Apenas sepultados sus restos, apresuráronse los coleccionistas y aficionados á visitar la famosa biblioteca.

Bonosio, pálido y lloroso, con el instintivo respeto que tenía por los eruditos que eran amigos de su amo, les recibió en el umbral.

— ¿ Con que es usted el heredero? Mil enhorabuena, querido: ya es usted rico. ¿ Cuando es la venta?

— No habrá venta.

Todo el mundo se sorprendió. Era rarísimo oír expresarse así á un criado.

— Esta biblioteca es un legado sagrado. Ahí hay una mesa y sillas; pueden ustedes consultar los libros cuantas veces quieran, pero no saldrá ni uno de aquí.

Los presuntos compradores se retiraron comentando aquella decisión que no comprendían.

Pocos días después entró en la biblioteca un antiguo amigo del señor Montestruque, el célebre doctor Carmena. Encontró á Bonosio desmejorado visiblemente.

— ¿ Pero qué niñerías son estas? — dijo el doctor.

— ¿ Con qué recursos cuentas para vivir?

Bonosio ocultó los restos de un pedazo de pan y un arenque frito.

— ¡ Oh! No lo ocultes, amigo mío, no te des vergüenza... Pero ¿ por qué no vendes estos libros que te harían rico y feliz?

— Señor Doctor — contestó Bonosio gravemente, — preciso es que tenga en cuenta la amistad que me consta le profesaba mi pobre amo para que no eche á usted á cajas destempladas... Estos libros — añadió con fervor — los quiero y los venero, con ellos conservo á mi amo y rindo culto á la memoria de mi único amigo... ¡ Jamás los venderé!...

— Pero ¿y comer?

— ¡ Es verdad ! — murmuró Bonosio. — Pero los libros no los vendo.

El célebre doctor se retiró, encogiéndose de hombros.

Una noche Bonosio arrancó el timbre de la puerta, cerró balcones y persianas, instalándose en un sillón de la biblioteca, desfallecido por el hambre.

Había concluido el dinero y hacía dos días que no comía.

Sentado en el sillón, contentábase con mirar los lomos de los libros que se alineaban en los estantes como soldados en una parada. Olvidándose de las torturas del hambre, se abstraía en el orgullo de su constancia en guardar tan fielmente aquella biblioteca de su amo, defendiendo hasta el último extremo aquel tesoro de ciencia y de poesía, conservando intacta aquella fortuna de sabio que sólo había aceptado en depósito á pesar de la voluntad de su amo y de que se moría de hambre.

Y se murió al fin. Era una tarde de otoño. Había acariciado con la mirada por última vez los libros que seguían alineados, iluminados sus lomos por un postrer rayo de sol, lleno de brillantes puntitos que bailaban vales microscópicos. Por un momento tuvo Bonosio fuerza para aspirar *el alma* de la biblioteca esparcida en el aire y resucitó un segundo. El secreto de la ciencia humana penetró en aquel cerebro ignorante y exento de luces. El amor y la fe hicieron de aquel criado lo que la ciencia de su amo: un hombre superior.

— ¡ Comprendo ! — dijo. Y cerró los ojos inclinando la cabeza.

La agonía de aquella alma de niño fué silenciosa, y cuando voló de su cuerpo serena y alegre para reunirse con la de su *amigo* y amo, dejando entre aquellos libros que representaban una fortuna, la misera envoltura de su carne macerada por el ayuno, adivinó el prodigio que debió realizarse en aquella estancia.

Filósofos, sabios, héroes, mártires y poetas, todos aquellos, en fin, que inmortalizaron el pensamiento y la historia, se apresuraron á salir de los estantes donde se hallaban. Plutarco, Virgilio, Cicerón, César, Newton, Miguel Ángel, Cer-

vantes, Calderón, Lope de Vega, Balmes, y otros y otros, mezclaron sus hábitos y sus armaduras, y mostrando sus frentes coronadas de inmarcesibles laureles, se dispusieron á velar el cadáver de aquel criado ignorante y humilde, semejante al espectro glorioso que honraban la fe y el amor que inspiraron al *pobre hombre rudimentario* tan sublime sacrificio.

Acaso si Bonosio hubiera sabido leer hubiere vendido la biblioteca; aquellos libros le hubieran enseñado que el amor es una atracción física, la fe, una conseja de viejos y la gratitud, una enfermedad del corazón.

Si hubiera sabido leer, hubiera muerto rico.

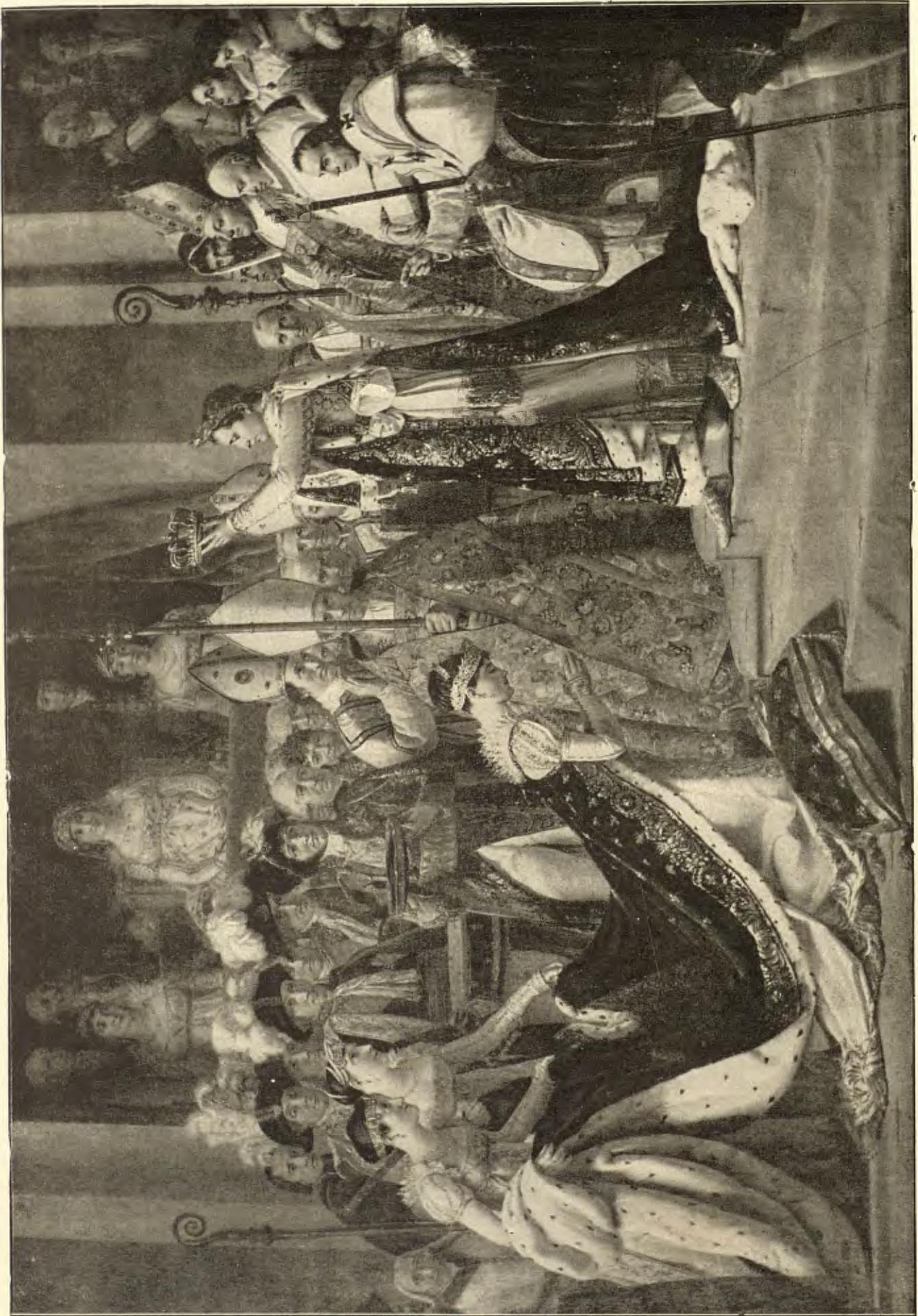
No sabía, y murió como un héroe.

Bien dicen los que dicen: « Vale más creer que saber. »

ENRIQUE BAYONA

Ilustraciones de R. NAVARRO





DAVID.—NÁPOLEÓN CORONANDO A JOSEFINA

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

Cayó entre las flores el esposo de Crimilda. La sangre brotaba á torrentes de su herida. Dirigió reproches á los que deslealmente habían procurado su muerte. Las fatigas de la muerte le hacían hablar.

Así dijo el moribundo: «Viles y cobardes, ¿de qué me sirve todo lo que por vosotros he hecho, cuando así me asesináis? Siempre os he sido fiel; bien caro lo pago. Muy mal habéis obrado con vuestro amigo.

» Todos los que de vosotros nazcan, lo harán sin honra desde este día; vuestra cólera la habéis saciado bien con mi vida. Con vergüenza quedaréis excluidos del número de los buenos guerreros.»

Todos los caballeros acudieron á donde el herido estaba echado. Los que aun conservaban algún honor, lo sentían.

El rey de los Borgoñones sentía también su muerte. El herido dijo: «Sin motivo llora el que ha cometido el crimen: gran deshonor merece y todo lo ha perdido.»

El furioso Hagen dijo: «No sé de que os lamentáis. Nuestros cuidados han tenido fin. Ya no habrá nadie que nos pueda resistir. Gracias á mí, el héroe ha muerto.»

«Fácil os es alabaros» dijo el del Niderland: «Si yo hubiera sabido vuestras perversas costumbres, hubiera defendido bien mi vida y mi cuerpo. Lo que más siento en el mundo, es el abandono de la señora Crimilda mi esposa.

» Quiera Dios tener piedad del hijo que me ha dado, que dentro de algún tiempo oirá decir que sus parientes han matado á un hombre: esto me causa gran sentimiento.

» Nunca un hombre ha cometido tan horrible asesinato», le dijo al rey, «como el de que yo soy víctima. Yo defendí vuestra vida en los más grandes peligros y desgracias: bien caro pago todo lo que hice por vos.»

El héroe, herido de muerte, añadió tristemente: «Si queréis, noble rey, hacer aún algo bueno en este mundo, permitid que deje encomendada á vuestro cuidado mi amada esposa.

» Que pueda disfrutar del beneficio de ser vuestra hermana: con virtudes elevadas ha sido siempre mi compañera. Mucho tiempo me van á esperar mi padre y mis guerreros. Jamás á un amigo ni á una esposa se le causó pena tan grande.»

La fuerza del dolor le hacía agitarse convulsivamente, y dijo con voz ahogada: «De esta horrible muerte, tal vez os arrepintáis algún día; creed mi palabra: vosotros mismos os habéis castigado.»

Las flores del alrededor estaban teñidas de sangre. Luchaba con la muerte, pero no duró mucho.

Cuando los guerreros vieron que el héroe estaba muerto, lo colocaron sobre un escudo de oro rojo; después se reunieron para ver como habían de ocultar que Hagen lo había matado.

Así dijeron muchos de ellos: «Nos ha ocurrido una desgracia: debemos ocultar lo sucedido y decir todos la misma cosa: Yendo á cazar solo, el esposo de Crimilda, lo han matado unos bandidos que atravesaban la selva.»

Hagen de Troneja dijo: «Yo mismo lo llevaré á la ciudad. Nada me importa que sepa la verdad de lo ocurrido, la que ha causado pena á la reina.»

Ahora sabed donde estaba la fuente en que Sigfrido fué asesinado. Delante del Odenwalde hay una aldea que se llama Odenhein. Allí mana todavía la fuente, no puede caber duda.

XVII

DE COMO SIGFRIDO FUÉ LLORADO Y ENTERRADO

Esperaron á que fuera de noche y pasaron al otro lado del Rin. Hagen hizo llevar el cadáver de Sigfrido, el de Niderland, delante de la cámara que ocupaba Crimilda.

Lo hizo poner sigilosamente frente á la puerta para que lo encontrara en el momento en que saliera á maitines.

Según la costumbre, tocaron las campanas en la catedral: Crimilda, la hermosa, despertó á muchas mujeres. Mandó que la trajeran luz y sus vestidos. En esto llegó un camarero que vió allí tendido á Sigfrido.

Llevó á la cámara la antorcha que tenía en la mano y á su luz la señora Crimilda pudo comprender la horrible nueva.

Cuando con sus mujeres se iba á dirigir á la catedral, «Señora», le dijo el camarero «deteneos: aquí hay tendido un caballero muerto.» «¡Oh!» exclamó Crimilda «¿qué noticia me anuncias?»

Antes de pensar en que fuera su marido, se acordó de la pregunta de Hagen, de como podría preservarle la vida: en aquel momento sintió dolor.

Se inclinó hacia el suelo sin pronunciar una palabra; allí se veía tendida á la bella infortunada. Los gemidos de Crimilda eran grandes y prolongados. Cuando volvió en sí, hacía retemblar la cámara con sus gritos.



Uno de su acompañamiento dijo: «¿Quién será ese extranjero?» Tan grande era la opresión de su corazón, que la sangre le salía por la boca. «No, no es extranjero: ese es Sigfrido mi amado esposo. Brunequilda lo ha mandado y Hagen lo ha hecho.»

Ella se hizo llevar á donde estaba el héroe: levantó su hermosa cabeza con sus blancas manos.

Así exclamó la dulce reina desesperadamente: «¡Oh! ¡desgracia para mí! ¡No, tu escudo no está agujereado por las espadas! tú has sido asesinado. Si sé quien lo ha hecho, lo perseguiré hasta que muera.»

Hagen había vengado cruelmente la ofensa de Brunequilda.

Así dijo la desgraciada: «Que vaya corriendo uno, á despertar á toda la gente de Sigfrido, y haced saber á Sigemundo mi dolor; rogadle que venga á llorar conmigo.»

Un mensajero fué corriendo á donde estaban los héroes de Sigfrido. Con la triste noticia, la alegría huyó de ellos.

El mensajero se apresuró á llegar á donde estaba el rey. Sigemundo, el señor, no dormía, me parece que el corazón le decía lo que había pasado y que ya nunca volvería á ver á su hijo.

«Despertad, rey Sigemundo. Crimilda, mi señora, me ordena que venga, porque ha sucedido una gran desgracia; desgracia que como ninguna le hiere el corazón: tendréis que llorar mucho con ella, pues os afecta también.»

Se levantó Sigemundo y dijo: «¿De qué desgracia de la hermosa Crimilda me hablas?» El mensajero respondió llorando: «No puedo callarla más: Sigfrido el fuerte, el del Niderland, ha sido asesinado.»

El rey Sigemundo contestó: «Déjate de bromas, yo te lo mando y no repitas más tan horrible noticia de que ha sido muerto, pues nunca en la vida me podría consolar.»

«Si no queréis creer lo que me habéis oído decir, venid á escuchar los lamentos que lanzan Crimilda y los de su acompañamiento, por la muerte de Sigfrido.»

¡Grande fué la conmoción de Sigemundo!

Con ciento de sus hombres saltó del lecho. Armaron sus manos con espadas fuertes y aceradas y se dirigieron á donde se oían los tristes lamentos. Mil fieles guerreros del fuerte Sigfrido llegaron enseguida á



donde se oía quejarse tristemente á las mujeres, que repararon entonces que estaban medio desnudas. El dolor las había hecho perder el sentido.

El rey Sigemundo fué á donde estaba Crimilda y dijo: «¡Oh! ¡maldecido tal viaje á este país! ¿Quién con tan cruel saña ha podido asesinar á tu esposo, mi hijo, cerca de amigos tan fieles?»

«Si llego á conocerlo» dijo la noble reina, «nunca lo perdonaré ni mi corazón, ni mi alma.»

Sigemundo estrechó á la princesa entre sus brazos.

Nadie podía consolar á la esposa de Sigfrido. Quitaron los vestidos del hermoso cuerpo, lavaron sus heridas y lo pusieron en un ataúd.

Los guerreros del país de los Nibelungos se decían: «Es menester que le consagremos nuestros brazos con firme voluntad. En esta casa está el que ha cometido el crimen.» Toda la gente de Sigfrido se fué á armar.

Allí estaban sus hombres escogidos en número de mil doscientos guerreros: á la cabeza de ellos estaba su señor, el rey Sigemundo.

No sabían á quienes atacar, sino á Gunter y á sus gentes que habían ido con Sigfrido á la caza. Al verlos armados, Crimilda experimentó una nueva amargura.

Por fuerte que fuera su pena, por grande que fuera su desgracia, temía tanto ver morir á los Nibelungos á manos de los hombres de su hermano, que los detuvo.

La infortunada les dijo: «Señor rey Sigemundo, ¿qué vais á intentar? Vos no sabéis cuantos fuertes hombres tiene el rey Gunter. Todos os perderéis, si queréis atacar á esos guerreros.»

Tenían las espadas desnudas con afán por combatir. La noble reina les rogó que permanecieran quietos. Los guerreros no querían ceder porque aquello les causaba un furioso pesar.

Ella dijo: «Señor rey Sigemundo, dejad vuestro intento para ocasión más oportuna.

»Ellos tienen aquí en el Rhin gran poderío: por esto os aconsejo que no intentéis la lucha.

»Permaneced en el palacio y sufrid la pena conmigo. Cuando sea de día, vosotros, nobles guerreros, me ayudaréis á dar sepultura á mi esposo querido.»

Nadie podrá decir hasta que punto se lamentaron los caballeros y las mujeres, pues toda la ciudad estaba de duelo.

No sabían por que causa el noble guerrero había perdido vida y cuerpo.



Se mandó á los artífices que con toda prisa construyeran un ataúd de plata y oro, grande y fuerte, unido por planchas de acero bien templado. Toda la gente tenía el corazón oprimido por el pesar.

Pasó la noche y comenzó á despuntar el día. La noble reina hizo llevar á la catedral á su nobilísimo muerto, á su querido esposo. Todos los amigos que habían ido allí con él, lo seguían llorando.

¡Cuántas campanas sonaron al llevarlo á la catedral! Por todas partes se escuchaba el canto de los sacerdotes. También fueron el rey Gunter con sus hombres y el feroz Hagen: mejor hubieran hecho con no ir.

El rey dijo: «¡Querida hermana! ¡cual es tu pena, que no hayamos podido escapar de un dolor tan grande! Siempre lementaremos la muerte de Sigfrido.» «Sin motivo lo hacéis» contestó la desconsolada mujer.

«Si hubierais de haber sentido pena, no hubiera ocurrido esto. No habéis pensado en mí, puedo decirlo con verdad, pues héme aquí separada para siempre de mi querido esposo. Hubiera querido el Dios del cielo que esto me sucediera á mí.»

Ellos mantuvieron su mentira; Crimilda exclamó: «Que el que sea inocente lo manifieste con claridad; que se acerque al ataúd y de este modo se conocerá bien pronto la verdad.»

Fué un gran milagro el que ocurrió entonces, por que cuando el asesino se acercó al muerto, la sangre brotó de las heridas. Así sucedió y quedó reconocido que Hagen lo había hecho.

Las heridas manaron como cuando fueron hechas. Los lamentos habían sido grandes: pero entonces lo fueron mayores.

El rey Gunter dijo: «Quiero que sepáis que los bandidos lo asesinaron; Gunter no ha hecho eso.»

Ella contestó: «Esos bandidos me son muy conocidos. ¡Qué la mano de Dios los castigue! Gunter y Hagen, vosotros sois los que lo habéis matado.» De nuevo pensaron en el combate, los que habían acompañado á Sigfrido.

Crimilda les dijo aún: «Sufrid la pena conmigo.» Su pesar se hizo más grande cuando sus dos hermanos, Gernot y Geiselher el joven, se pusieron al lado

del muerto. Ellos lo sintieron verdaderamente; sus ojos se cegaron con las lágrimas.

De todas partes se dirigieron hacia la catedral hombres y mujeres. Pocos fueron los que no lamentaron su muerte.

Geiselher y Gernot dijeron: «Hermana nuestra, consuélate de su muerte, por cuanto no puede ser de otro modo. Nosotros queremos ayudarte en tanto vivamos.» Pero nadie en el mundo podía darle consuelo.

El ataúd estuvo dispuesto para el medio día. Levantaron á Sigfrido de la angarilla en que estaba colocado. La reina no quería dejarlo enterrar todavía y esto dió mucho que hacer á toda la gente.

Envolvieron al muerto con una tela muy rica.

La desgraciada Crimilda dijo á sus camareras: «En obsequio al amor que me tenéis, vais á tomaros un trabajo: á todos los que lo querían bien, les distribuiréis su oro, en nombre del alma de Sigfrido.»

No hubo ningún niño, por pequeño que fuera, que, llegado á la edad de la razón, dejara de ir á los funerales.

Cuando acabaron de cantar, la multitud se dispersó. Después dijo Crimilda: «Esta noche no me dejaréis sola para velar al héroe sin igual. Con su cuerpo han encerrado toda mi alegría.»

«Tres días y tres noches deseo que permanezca así, porque quiero gozar de la vista de mi amado esposo. Tal vez ordene Dios que la muerte me lleve también. Así terminará el dolor de la pobre Crimilda.»

Las gentes de la ciudad se fueron á sus casas. Ella mandó á los sacerdotes, á los monjes y á todo su acompañamiento, que se quedarán allí. Tuvieron tristes noches y penosos días.

Los pobres que estaban allí y que no poseían nada, tuvieron parte de ofrenda con el oro de Sigfrido: como no había de vivir más, se dieron por su alma muchos miles de marcos.

Sus buenas tierras laborables fueron distribuidas entre los monasterios y sus gentes fieles. A los pobres dieron plata y vestidos. Ella hizo comprender por sus buenas acciones, cuan grande amor le profesaba.

En la tercera mañana, al tiempo de la misa, el ancho cementerio cercano á la catedral, estaba lleno de gentes que lloraban, rindiendo homenaje al muerto, como se hace con los amigos queridos.

En aquellos cuatro días, se dice que más de treinta mil marcos se dieron á los pobres, por la salvación de su alma.

Cuando se acabó el oficio á Dios y terminaron los cantos; muchos del pueblo se agitaban dolorosamente. Sacáronlo fuera de la catedral, llevándolo hacia la fosa. Allí también se escuchaban llantos y gemidos.

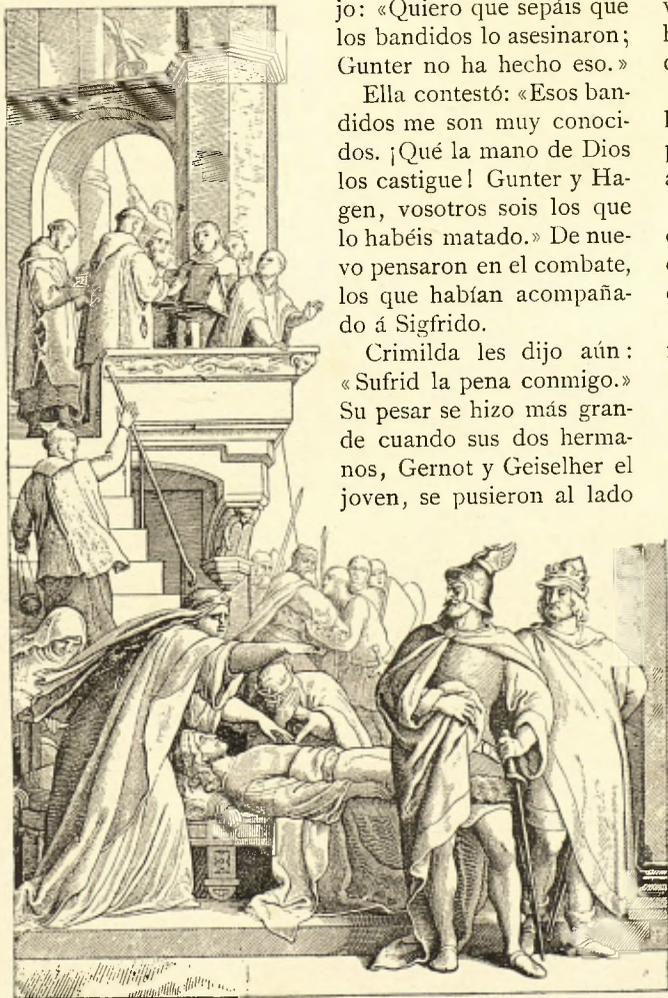
El pueblo siguió al entierro lanzando gritos de dolor.

Cuando la triste viuda se quiso aproximar á la fosa, fué tan dura la aflicción que sintió, que muchas veces tuvieron que rociarle el rostro con agua de la fuente: el dolor de su corazón era muy grande.

Es verdaderamente una maravilla, que sus fuerzas pudieran resistir. A su lado estaban muchas mujeres que lloraban también. «Vosotras, fieles á mi esposo Sigfrido» dijo la reina, «hacedme un favor, en gracia á vuestro afecto.»

«Dejadme que experimente una satisfacción en medio de mi dolor. Haced que yo pueda contemplar una vez más su bello rostro» Por tanto tiempo lo pidió llorando, que fué menester abrir de nuevo el magnífico ataúd.

Llevaron á la reina junto á la fosa. Con sus blancas manos levantó la hermosa cabeza y lo besó muerto





al noble y buen caballero: el dolor hizo que sus brillantes ojos lloraran sangre.

Fué aquella una dolorosísima separación. Quitáronla de allí y ella casi no podía andar. Vióse caer á la noble dama perdidos los sentidos. Su hermoso cuerpo parecía que iba á sucumbir á la desesperación.

Cuando enterraron al noble señor, fué una pena inmensa para todos los guerreros que habían venido con él del país de los Nibelungos. Nunca más se vió contento á Sigemundo.

Muchos hombres hubo que por la fuerza del dolor no comieron ni bebieron en aquellos tres días: sin embargo por tanto tiempo no podían tener olvidadas las necesidades del cuerpo y más tarde se repusieron, como sucede muchas veces.

Crimilda permaneció desmayada y sin sentido el día, la noche y hasta la mañana siguiente. Nada de lo que le decían podía comprenderlo. Poseído de la misma pena, yacía el rey Sigemundo.

Con gran trabajo le hicieron recobrar sus fuerzas agotadas por la grande aflicción, de lo que él no se extrañaba. Sus guerreros le dijeron: «Marchemos á nuestro país: no debemos permanecer aquí más tiempo.»

XVIII

DE COMO SIGEMUNDO VOLVIÓ Á SU PAÍS

El rey Sigemundo fué á donde estaba Crimilda y dijo á la reina: «No quiero permanecer más tiempo en Borgoña.»

Crimilda respondió: «Me han aconsejado mis parientes, al menos los que me son fieles, que permanezca aquí con ellos, dado que no los tengo en el país de los Nibelungos.»

El rey Sigemundo le contestó:

«Ven con nosotros por amor á tu hijo: no es cosa de que lo dejéis huérfano. Cuando vuestro hijo crezca, consolará vuestro pesar, y en tanto tendréis á vuestro servicio muchos guerreros fuertes y buenos.»

Ella dijo: «Mi señor Sigemundo, no puedo marcharme con vos. Sea lo que sea lo que pueda sucederme, tengo que quedarme aquí con mis amigos, que me ayudarán á llorar.»

»Partid sin cuidado, confiados en el favor de Dios: se os dará una numerosa escolta hasta que lleguéis á vuestro país: á mi querido hijo lo recomiendo al cuidado de vosotros, buenos guerreros.»

«¡Maldita sea esta fiesta!» exclamó el respetable rey.

Así dijeron claramente los guerreros de Sigfrido: «Tal vez nosotros volvamos nuevamente aquí, si podemos saber quien asesinó á nuestro señor. Tendrá entre sus parientes muchos enemigos mortales.»

Abandonaron sin acompañamiento á Worms sobre el Rhin: iban con el ánimo tranquilo, pues si por enemistad los atacaban, los brazos de los Nibelungos sabrían defenderse bien.

Ellos no se despidieron de nadie. Vieron á Geiselher y á Gernot que se acercaban afectuosamente al rey: se sentían afligidos por su dolor y así se lo hicieron saber los fuertes héroes.

Así dijo cortésmente el fuerte Gernot: «Dios del cielo sabe, que en la muerte de Sigfrido no tengo parte ninguna; yo no supe nunca que tuviera aquí un enemigo: tengo motivos para llorarlo.»

El joven Geiselher los acompañó amistosamente. Acompañó sin cuidado ninguno hasta el Niderland al rey y á sus guerreros, poseídos aun de honda pena. ¡Entre sus parientes encontraron alegres á muy pocos!

Lo que después les sucedió, no os lo puedo decir. Los gemidos de Crimilda se oían continuamente, sin que nadie pudiera consolarla sino Geiselher; éste era bueno y fiel.

Brunequilda la hermosa, permanecía impertinente. ¡Por muchas que fueran las penas de Crimilda, nada le importaba! Nunca más en su vida le volvió á tener confianza. Pero después Crimilda le causó amarguísimos pesares.

XIX

COMO EL TESORO DE LOS NIBELUNGOS FUÉ LLEVADO Á WORMS

Habiendo quedado viuda la noble Crimilda, el margrave Eckwart permaneció en el país con sus hombres. Él servía á su señora y juntos lloraban al muerto.

Con el alma triste y con pena iba Crimilda todos los días á la tumba de su esposo, y rogaba al Señor Dios que acogiera su alma; muchas veces se lo pidió con corazón contrito.

Uta y las de su acompañamiento, la consolaban siempre; pero tenía en su corazón herido un vacío tan grande, que no podía llenarse con ningún consuelo. El deseo de ver á su amigo le causaba mayor pesar.

Permaneció en el dolor, es cierto, por la muerte de su esposo, tres años y medio, sin decir una palabra á Gunter, y sin ver jamás en este tiempo á Hagen.

Así dijo al rey Hagen de Troneja: «Procura conquistar de nuevo la voluntad de tu hermana, y de este modo podremos traer al país el tesoro de los Nibelungos: mucho podría hacerse si tuvieras la confianza de la reina.»

El rey hizo venir á la corte á Ortwein y al margrave Gere: y luégo, cuando estuvieron allí, á Gernot y al joven Geiselher; ellos intercedieron amistosamente cerca de Crimilda.

Así dijo Gernot el fuerte de Borgoña: «Señora, tiempo hace que lloráis la muerte de Sigfrido. El rey quiere probaros que él no lo ha matado. Siempre se os oye llorar dolorosamente.»

Ella contestó: «Nadie ha dicho que él sea: es la mano de Hagen.»

Geiselher, el agraciado joven, le comenzó á suplicar.

(CONTINUARÁ)